

LA HUMILDAD EN LA CRISTOLOGÍA DE SAN AGUSTÍN

Pedro LANGA

La cristología de san Agustín reviste mayor importancia de la que algunos especialistas conceden. Aquí la veremos desde los escritos y por la humildad, una de sus más atractivas notas, toda vez que desde la vida lo hice no hace mucho¹: sentada la preponderancia de Cristo en lo biográfico, va de suyo averiguar si podemos decir otro tanto en lo doctrinal. Analizado más a fondo su carácter interdisciplinar, tal vez pudiéramos entender mejor que si el de Hipona estudia y ama y se rinde a la Iglesia Madre, se debe al puesto central del Verbo encarnado en su vida y en sus obras.

Una de las magnas tesis cristológicas fue siempre que Jesucristo centra la Historia de la Salvación y es fundamento de la fe de la Iglesia. *Mutatis mutandis*, eso mismo cabe decir de la vida y obra de nuestro autor: de su cristocentrismo doctrinal y experiencial². Jesucristo le ayudó a desentrañar los misterios de la Iglesia y ésta,

1. *Jesucristo en la vida de san Agustín*, en «Augustinus» 43 (1998) 79-105. Citaré los textos agustinianos por la versión española de *Obras completas de san Agustín* en la BAC 1-40, Madrid 1947-1995, de modo que a la abreviatura *OcsA* siga el número del volumen, año, edición, si la hubiese, y página. El título de las obras irá por las siglas del *Augustinus Lexikon*, Verlag Schwabe & Co., Basel/ Stuttgart 1986ss.

2. Frente a quienes califican el pensamiento de san Agustín como teocéntrico (Geerlings), o cristocéntrico (Plagnieux), están los de teocéntrico en el orden de la creación y cristocéntrico en el de la salvación (Madec). Vid. W. GEERLINGS, *Christus exemplum. Studien zur Christologie und Christusverkündigung Augustins*. «Tübinger theologische Studien» 13, Grünewald, Maguncia 1978; J. PLAGNIEUX, *L'influence de la lutte antipélagienne sur le «De Trinitate»* ou: *Christocentrisme de saint Augustin*, en *AugM* II, pp. 817-826; G. MADEC, *La Patrie et la Voie. Le Christ dans la vie et la pensée de saint Augustin*. Jésus et Jésus-Christ 36, Desclée, París 1989, p. 308; ID., *Christus*. AL 1, col. 845-908. Asimismo, J.M. CUENCA, *El cristocentrismo de san Agustín*. Ed. Estudio Agustiniiano, Valladolid 1986. L. CILLERUELO, *El cristocentrismo de san Agustín*, en *EstAg* 22 (1987) 55-76.

a su vez, con instinto maternal, los de Jesucristo³. «Amar y conocer a Cristo —confiará un día al pequeño Adeodato, su hijo— constituye la vida bienaventurada, que todos predicán buscar, mas pocos celebran haberla de veras encontrado»⁴. Leve indicio de que la cristología, lejos de pura letra escrita y simple catequesis aleccionadora, constituía para el hijo de Mónica el origen de sus alegrías, la meta de sus afanes, el norte de su espiritualidad y la base de su oficio de pastor y doctor. Cabría, pues, aplicarle de lleno como escrita por él la diamantina frase luisiana que anuncia en Jesucristo «la razón y la proporción y la compostura y la consonancia de todas las cosas»⁵.

Mi propósito es abordar aquí sólo el magisterio de la Encarnación [podríamos hacer otro tanto con la Redención y la Glorificación], pero destacando al hacerlo, repito, la humildad, que viene a ser como su roquedal o línea de fuerza. Ello no quita, desde luego, para que otros procedimientos se abran camino con igual o mayor fortuna. El que yo prefiero se me antoja, pese a todo, capaz de ofrecer un buen cuadro de cristología agustiniana.

1. EL MAGISTERIO DE LA ENCARNACIÓN DEL VERBO

Con el misterio de la encarnación del Hijo de Dios (Jn 1, 14)⁶ celebramos el acontecimiento más grande en la historia de la Hu-

3. La dimensión cristológico-eclesiológica de san Agustín ha sido subrayada sobre todo por H.U. VON BALTHASAR, particularmente en *Aurelius Augustinus, Über die Psalmen*, Leipzig 1937 (sobre cuya línea puede verse W. LÖSER, *Im Geiste der Origenes. Hans Urs von Balthasar als Interpret der Theologie der Kirchenväter*, Frankfurt/M 1976, 133-151). También, O. BRABANT, *Le Christ centre et source de la vie morale chez saint Augustin. Étude sur la pastorale des «Enarrationes in Psalmos»*, París 1971 (*Mysterium paschale*, restablecimiento de la imagen de Dios, Cristo camino y modelo, pero también juez y legislador); W.S. BABCOCK, *The Christ of the Exchange. A Study in the Christology of Augustine's Enarrationes in Psalmos*, Diss. Yale N.H. 1971.

4. *Mag.* 14, 46 (*OcsA* 3, 1971, 4ª, p. 637). Vid. G. MADEC, *Adeodatus*, en *AL* 1, col. 87-90.

5. *De los nombres de Cristo. Libro 3. Jesús*, en FRAY LUIS DE LEÓN, *Obras completas castellanas*. BAC 3/I, Madrid 1957, 4ª, p. 769.

6. Sobre los paralelos escriturarios de Jn 1, 14 en san Agustín, vid. la tabla que ofrece A. VERWILGHEN, *Cristologie et spiritualité selon saint Augustin. L'hymne aux Philippiens*, coll.: «Théologie historique» 72, Éd. Beauchesne, París 1985, en las pp. 230s.

manidad: a él vienen los fieles cada día, cuando rezan alegres y esperanzados el ángelus; a él la sagrada Liturgia, cuando celebra alborozada todos los años, en tiempo propicio a la ternura, la Navidad, o de manera puntual el 25 de marzo; a él, en suma, los cristianos todos, ahora que nos disponemos a conmemorar la efeméride con singular relieve y gracia de *kairós* milenario en el actual Jubileo. Porque se trata del misterio central de nuestra fe, de un evento cristológico celebrado como tal por la sagrada Liturgia⁷. Él solo recapitula y cohesiona y plenifica la historia no digo ya de la Iglesia, que eso se da por supuesto, faltaría más, sino de la entera creación. De alguna manera difícil de comprender para las criaturas, finitas ellas, centra sin duda a los otros misterios de la *Historia Salutis*, que, al fin y a la postre, hacia él convergen, en él se surgen, o de él emergen⁸.

Por de pronto san Agustín, bien asido a san Pablo y a san Juan como a dos columnas vertebrales de la fe, interpreta a su esplende luz la *mediación entre Dios y los hombres* obrada por Cristo, Camino, Verdad y Vida de los humanos⁹, Maestro y Sabiduría de lo creado. «Y buscaba yo —dice— el medio de adquirir la fortaleza que me hiciese idóneo para gozarte; ni había de hallarla sino abrazándome con *el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos* (1 Tim 1, 5), el cual clama y dice: *Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida* (Jn 14, 6), y el alimento mezclado con carne (que yo no tenía

7. Entendemos aquí por evento cristológico un misterio de la vida de Jesús portador de significado salvífico, que viene, como tal, celebrado por la Iglesia en su Liturgia: «Al llegar la plenitud de los tiempos —dice san Pablo—, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer» (Ga 4, 4). «En efecto —prosigue Juan Pablo II—, la plenitud de los tiempos se identifica con el misterio de la encarnación del Verbo» (*Carta Apostólica «Tertio millennio adveniente»*, n. 1, en JUAN PABLO II, *Tertio millennio adveniente. Comentario teológico-pastoral. Consejo de presidencia del gran Jubileo del año 2000*, Sígueme, Salamanca 1996, 2ª, p. 17). Sobre *celebrar*, vid. M. KLÖCKENER, *Celebrare, celebratio*, en AL 1, col. 828-34.

8. Vid. *La Encarnación*, en *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 461 ss.; JUAN PABLO II, *Carta Apostólica «Tertio millennio adveniente»*, nn. 1 ss.; pássim; A. AMATO, *Jesucristo, centro de la historia de la salvación y de la vida de la Iglesia*, en JUAN PABLO II, *Tertio millennio adveniente. Comentario teológico-pastoral*, 125-146.

9. M.-F. BERROUARD, O.P., *Saint Augustin et le mystère du Christ. Chemin, Vérité et Vie*, en *Collectanea Augustiniana*. Mélanges T.J. van Bavel, publiés par B. Bruning-M. Lamberigts-J. van Houtem, tome II, Institutum Historicum Augustinianum Lovanii 1991, pp. 431-449.

fuerzas para tomar), por *haberse hecho el Verbo carne* (Jn 1, 14), a fin de que fuese amamantada nuestra infancia por la Sabiduría, por la cual creaste todas las cosas»¹⁰.

He ahí la fuerza del *abrazo* al Mediador entre Dios y los hombres. Abrazarse supone acoger, algo más íntimo y entrañable, desde luego, que admitir o recibir, pues abrazar es como el plus que el Evangelio añade al mero aceptar. Y en este caso acoger el misterio de la encarnación del Verbo implica rendirse de generosidad y sometimiento, abandonarse por completo al divino amor de quien se hizo caridad de servicio en su entrega al rescate de los hombres. Lo cual es imposible con orgullo. Sólo a base de humildad podremos decir que hacemos camino al andar. El fin perseguido al fundirse en estrecho abrazo con el Mediador entre Dios y los hombres no es otro, según el de Tagaste, que robustecer nuestra infancia espiritual con la leche de la Sabiduría. La leche de los niños, es Cristo, en cuanto Verbo hecho carne. La leche que el cristiano bebe, a fin de crecer y poder alimentarse del pan de los ángeles, el mismo Cristo, en cuanto Verbo de Dios¹¹. Tenemos, pues, claramente insinuadas así las dos vertientes a la hora de estudiar a Cristo: en cuanto Verbo de Dios y como Verbo encarnado, tesis una y otra que habrán de influir siempre en los estudios de cristología agustiniana.

Vengamos a uno de los títulos cristológicos que san Agustín más cultiva en el jardín de sus textos sobre la encarnación del Verbo. Aludo a Maestro. De su mano a su vez comprenderemos me-

10. *Conf.* VII, 18, 24 (*OcsA* 2, 1968, 5^a, p. 294). Asimismo *en. Ps.* 33, s. 1, 6 (*OcsA* 19, 1964, p. 476s), donde el autor expone hermosamente dicho pensamiento. En «que yo no tenía fuerzas para tomar» puede sobrentenderse el orgullo. La Sabiduría le enseñará el atajo de la humildad.

11. *Io. eu. tr.* 13, 4: «Está así escrito: *Les dio el pan del cielo; el hombre comió el pan de los ángeles* (Sal 77, 24 y 25). ¿Cuál es este pan de los ángeles? *En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios* (Jn 1, 1). ¿Cómo el hombre comió el pan de los ángeles? *Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros* (Jn 1, 14)» [*OcsA* 13, 1968, 2^a, p. 322]. Vid. G. MADEC, «*Panis angelorum*» (*selon les Pères de l'Eglise, surtout saint Augustin*), en *Forma futuri, Studi... M. Pellegrino*, Torino 1975, pp. 818-829; ID. (para las referencias agustinianas del tema), *La Patrie et la Voie*, p. 187s [*Le Verbe-Dieu, pain des anges*]; T. VAN BAVEL, *L'humanité du Christ comme «lac parvulorum» et comme via dans la spiritualité de saint Augustin*, en «*Augustiniana*» 7 (1957) 245-281; V. CAPÁNAGA, *Agustín de Hipona*, BAC maior 3, Madrid 1974, esp. *Cristo, manjar lácteo*, pp. 130-32.

jor una de las notas de más relieve, doctrinalmente más sólidas y, desde el punto de vista ascético, más recapituladoras y características de la cristología agustiniana, a saber: la humildad.

2. «CHRISTUS MAGISTER OMNIUM»

La expresión suena a verso ambrosiano: *Deus, creator omnium*; o también: *Christus, redemptor omnium*, por ejemplo. Pero es cosecha de san Agustín y figura en *De animae quantitate* y, por diversos matices, se le intuye en *De magistro*¹². Luego de convertido, el joven monje de Tagaste se aplica de lleno a escribir obras puramente filosóficas, en cuyas páginas continúa la reflexión acerca de la espiritualidad de Dios y del alma, es cierto, mas procurando a la vez que la navecilla del discurso no quede varada en los bancos de arena de la filosofía, con ser ella tan útil, tan importante en esa ciencia especial llamada teología, sino que, como san Pedro a requerimientos de Jesús, bogue mar adentro (Lc 5, 4) rumbo a más ambiciosos caladeros. Conduce contra viento y marea nuestro autor sus reflexiones y se adentra con ellas por cerros y valles del saber y del entender, y no para hasta, una vez Águila de Hipona, remontar el vuelo a las más airosas cumbres teológicas del Cristo Maestro¹³.

Bien se le alcanza ya, pese a su juventud en el estudio de las Sagradas Escrituras, aquel aviso del Señor: «Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar *Rabbi*, porque uno sólo es vuestro Maestro; y vosotros sois todos hermanos. Ni llaméis a nadie *Padre* vuestro en la tierra, porque uno sólo es vuestro Padre, el del cielo. Ni tampoco os dejéis llamar *Directores*, porque uno sólo es vuestro Director: el Cristo» (Mt 23, 8-10)¹⁴. Son, éstos, conceptos que, una vez

12. *Conf.* IX, 12, 32. F. VAN DER MEER, *San Agustín, pastor de almas. Vida y obra de un padre de la Iglesia*, Herder, Barcelona 1965, pp. 420-434: 428.

13. *An. quant.* 36, 81: «El Maestro de todos (*Magister omnium*), que está allá arriba, no abandonará a los que le buscamos» (*OcsA* 3, 1971, 4ª, p. 556).

14. Los vv. 8-12, dirigidos sólo a los discípulos, primitivamente no pertenecían al mismo discurso. *Rabbi* era título habitual de los doctores judíos. El mismo Jesús era llamado así por sus discípulos (Mt 26, 25.49). En arameo *Abbá* resulta otro título honorífico. Y en cuanto a *Director/Directores*, Jesús aludiría, según biblistas modernos, al jefe religioso de la comunidad de Qumrán, el «Director justo», llamado

hechos teología pura y vida pastoral, van a jugar un papel decisivo en el incansable quehacer del Doctor de la Gracia.

Según el contexto bíblico, Mateo parece querer reforzar la tesis del v. 12: «Pues el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado». Porque en los vv. precedentes se recoge el testimonio de Jesús que opone la medicina de la humildad y del anonadamiento al proverbial exhibicionismo de fariseos y escribas y cuantos ambicionaban los primeros puestos¹⁵. A quien había elegido «no el puesto más elevado en el banquete del Señor, sino el último y más humilde»¹⁶, estas palabras evangélicas tenían que sonarle dulces y consoladoras al corazón.

Pero Cristo Maestro no es pura entelequia ni redonda expresión de oradores enardecidos ni simple utopía de retóricos iluminados. Por de pronto empieza siendo Alguien, más que algo. Alguien cuya presencia en las almas se hace sensible dulzura de puro rebasar los diques ontológicos y los muros de la simple abstracción, pues se trata de una presencia de amor que, además de sacramental, puede resultar iluminante y vivificadora¹⁷. Alguien cuya presencia debe ser contextualizada con la de Dios en los corazones. La presencia de Dios en las almas, por lo demás, era doctrina muy familiar a los cristianos del siglo IV. Constituía como una verdad axiomática, como un dato fundamental de la espiritualidad de entonces. En la época patrística era de igual modo común representar a Cristo como Maestro¹⁸. A primera vista, siendo

comúnmente «Maestro de justicia». Cf. *mag.* 14, 46; s. 270, 1: «para evitar que podamos vanagloriarnos de nuestro magisterio, nos amonestó con estas palabras: *No dejéis que los hombres os llamen maestro, pues uno es vuestro maestro: Cristo* [Mt 23, 8]» (*OcsA* 24, 1983, p. 749). Vid. J. GARCÍA ÁLVAREZ, «Uno solo es vuestro maestro, Cristo». *El diálogo «De Magistro» de San Agustín*, en «Communio. Revista Católica Internacional» 14 (1992) 251-258.

15. Vid. S. GUIJARRO, *Evangelio de San Mateo*, en AA.VV., *Comentario al Nuevo Testamento*, La Casa de la Biblia, [Atenas, PPC, Sígueme, Verbo Divino], Madrid 1995, 2ª, pp. 101s.

16. S. 355, 2 [Sal 83, 11] (*OcsA* 26, 1985, p. 245s); cf. e. 21. Vid. P. LANGA, *La ordenación sacerdotal de san Agustín*, RA 33 (1992) 51-93: esp. Las reflexiones de las pp. 66s.

17. R. FLÓREZ, *Las dos dimensiones del hombre agustiniano*, prólogo del Prof. M.F. Sciacca. Ed. Religión y Cultura, Madrid 1958, pp. 43-65.

18. Cf. F. NORMAN, *Christos Didaskalos. Die Vorstellungen von Christus als Lehrer in der christlichen Literatur des ersten und zweiten Jahrhunderts*. Münster i. W. 1966.

así, Agustín tendría poco de novedoso empleando dicha imagen. Y sin embargo lo tiene. Su originalidad estriba precisamente en haber sabido elaborar una teoría cristológica del conocimiento intelectual, sea el que fuere, y no sólo de un conocimiento religioso que estaría reservado a los cristianos. Dicho de otra manera: Agustín acertó a cristianizar la teoría platónica del *Menón*. Téngase en cuenta que el *De magistro* viene a ser una especie de *Menón* cristiano cuya tesis del Maestro interior es a todas luces modificación cristiana de la teoría platónica del conocimiento¹⁹. Originalidad, si bien se mira, sólo relativa, pues la idea de que todo conocimiento verdadero es una participación del Logos, o del Verbo, asoma ya, de algún modo harto difícil de precisar, aunque constatable, recortada por el horizonte de la primera patristica. Pero al fin y al cabo, originalidad.

El principio de coherencia de la doctrina agustiniana pasa por la persona de Cristo, Verbo Dios iluminador y Verbo encarnado salvador. Para san Agustín no hay verdades y sabiduría humanas, del orden que éstas sean, si no por participación de la Verdad, la Sabiduría de Dios, que es Cristo. Si los paganos, como san Pablo afirma (Rom 1, 19ss.), conocieron a Dios, ello fue debido a la iluminación del Verbo, al Maestro interior²⁰. El Verbo se encarnó, los cristianos así lo creen; es el fundamento de la fe cristiana o, si se quiere, el orden de las verdades sobrenaturales. Creen de igual modo los cristianos, bajo la misma autoridad de Jesús, que «quien enseña es el único verdadero Maestro, la misma Verdad incorrup-

P. BROWN, *Biografía de Agustín de Hipona*, Madrid 1969, pp. 48-55: 50 [«En los sarcófagos de la época se le muestra siempre como un maestro enseñando su Sabiduría a un círculo de filósofos en ciernes»]; P. LANGA, *Jesucristo en la vida de san Agustín*, en «Augustinus» 43 (1998) 79-105: 87; R. FLÓREZ, *Las dos dimensiones*, pp. 43-65.

19. El *De magistro* se compone de una conversación sobre el lenguaje (§ 1-37) y una tesis sobre Cristo, maestro interior (§ 38-46), la Verdad. Sobre la estructura del *De magistro*, vid. las reflexiones y bibliografía que G. MADEC aporta en *Saint Augustin et la philosophie. Notes critiques*, Institut d'Études Augustiniennes, París 1996, esp. 7. *De magistro. Langage et connaissance*, pp. 53-60; ID., *La Patrie et la Voie*, pp. 62s.

20. Vid. G. MADEC, *Connaissance de Dieu et action de grâces. Essai sur les citations de Épître aux Romains 1, 18-25 dans l'oeuvre de saint Augustin*, en *RechAug* 2 (1962) 273-309; M.G. MARA, *Notas sobre el comentario de san Agustín a la Carta a los Romanos. Exposición de algunas proposiciones de la Epist. Ad Romanos*, en «Augustinus» 31 (1986) 185-194.

tible, el único Maestro interior. Él se hizo también maestro exterior para llamarnos de lo exterior a lo interior»²¹. El Verbo, pues, se encarnó y devino así Maestro de todo y de todos, por dentro y por fuera.

Esto nos lleva de modo inevitable al cómo enseña Cristo. Decir que interiormente no basta. Sería tanto como minimizar el análisis. Algo aclara el autor, pese a todo, cuando, en *De libero arbitrio*, una de sus primeras obras [a. 388], desliza sobre el asunto esta sucinta frase, lapidaria como tantas suyas: *Foris admonet, intrus docet*²². Admonición y docencia, dos polos de una misma realidad, acciones una y otra de un solo sujeto agente, actividades las dos que conforman el «sistema de las coordenadas» de la ontología agustiniana²³. Él corresponde, bien mirado, a otras «nociones polares»: tiempo-eternidad, sensible-inteligible, etc., de acuerdo a una doctrina que podría ser calificada como «dualista», matizando, eso sí, que no se trata de un dualismo de principios, sino del perteneciente al orden de las palabras y del lenguaje, donde la encarnación y toda la economía de la salud se adaptan al régimen de exterioridad en que la humanidad se halla a raíz del pecado de Adán, para restaurar el régimen de interioridad: «(Cristo) en cuanto Dios, posee el corazón; según la carne, habla al corazón por los ojos y llama la atención desde fuera. Habita dentro de

21. *C. ep. Man.* 36, 41 (*OcsA* 30, 1986, p. 448); *mag.* 14, 46. Vid. J. RIMEAU, «Le maître intérieur», *Saint Augustin*, en «Cahiers de la Nouvelle Journée» 17 (1930) 55-69; vid. R. FLÓREZ, *Presencia de la verdad. De la experiencia a la doctrina en el pensamiento agustiniano*, prólogo de A. Muñoz Alonso, Editorial Augustinus, Madrid 1971, esp. «*Deus interior et exterior*», pp. 251-267; A. PIERETTI, *Linguaggio e verità interiore nel «De Magistro»*, en *AVGVSTINVS. Charisteria Augustiniana Iosepho Oroz Reta dicata*, tomus alter, theologica, Editorial Augustinus, Madrid 1994, pp. 389-399.

22. *Lib. arb.* II, 14, 38 (*OcsA* 3, 1971, 4ª, p. 317) Vid. J. MORÁN, *La teoría de la «admonición» en las «Confesiones» de san Agustín*, en «Augustinianum» 8 (1968) 147-154; ID., *La teoría de la «admonición» en los Diálogos de san Agustín*, en *Srenas Augustinianas P. Victorino Capánaga oblatas curavit edendas Iosephus Oroz-Reta*, vol. II, *Philosophica* (= «Augustinus» 13, fasc. 49-52) (1968) 257-258 (7, 40); G. MADEC, *Admonitio*, en *AL* 1, col. 95-99.

23. Vid. F. KÖRNER *Das Sein und der Mensch. Die existentielle Seinsentdeckung des jungen Augustin. Grundlagen zur Erhellung seiner Ontologie*, en *Symposium Philosophische Schriftenreihe* 5, Freiburg-München, 1959 (cf. F.-J. THONNARD, *REAug* 8 [1962] 202-206; R. LORENZ, *ThR* 39 [1974] 257-258). G. MADEC, 7. *De magistro. Langage et connaissance*, en ID., *Saint Augustin et la philosophie*, 53-60: 58, n. 36.

nosotros para que se convierta nuestro interior y adquiramos vida y forma de él, porque es la forma no hecha (*infabricata*) de cuanto existe»²⁴.

El Agustín predicador, o sea el servidor de la Palabra (*dispensator Verbi*), es decir, expositor y maestro de las divinas Escrituras (*Divinarum Scripturarum tractator et doctor*)²⁵, no cesará de recordárselo a los fieles desde la interioridad, ese argumento tan de su gusto y hoy, si cabe, más socorrido que nunca entre los seguidores del Santo, agustinólogos o no²⁶. Comprende que en lo más íntimo de su intimidad, en lo más interior de su interioridad²⁷, preside serena, dulce, divinamente Jesús, el Maestro interior.

Los textos podrían multiplicarse. Sirvan de muestra sólo estos tres: «Hablamos nosotros [dice], pero es Dios quien instruye; hablamos nosotros, pero es Dios quien enseña [...]. Nosotros podemos plantar y regar, pero es asunto de Dios el dar el incremento. Quien planta y riega, actúa desde el exterior; quien da el crecimiento enriquece interiormente»²⁸. Y este otro: «Vuestra caridad sabe cómo tenemos un Maestro único, bajo cuya autoridad somos

24. S. 264, 4 (*OcsA* 24, 1983, p. 673); *c. ep. Man.* 36, 41 (*OcsA* 30, 1986). Vid. *cor* en ThLL IV, 929-940; E. DE LA PEZA, *El significado de «cor» en San Agustín*, Études Augustiniennes, París 1962.

25. *Doctr. chr.* IV, 4, 6 (*OcsA* 25, 1969, 2ª, p. 220). Vid. A.G. HAMMAN, *La vida cotidiana en África del Norte en tiempos de San Agustín*. F.A.E.-O.A.L.A., CETA. Iquitos-Madrid 1989, esp. *El servidor de la Palabra*, pp. 284-294; P. LANGA, *La Sagrada Escritura y San Agustín predicador*, en *RelCult* 43 (1997) 69-89, esp. *Ministro de la Palabra*, pp. 70-74 (para *dispensator uerbi et sacramenti*, p. 71, n. 11).

26. Vid. J.J. OLDFIELD, *Las dimensiones cristológicas de la interioridad agustiniana*, en «Augustinus» 34 (1989) 281-291. Con buena bibliografía, G. MADEC, *9. Conversion, intériorité, intentionnalité*, en *Petites études augustiniennes*. Institut d'Études Augustiniennes, París 1994, pp. 151-162; P. LANGA, *San Agustín y la cultura*. Editorial Revista Agustiniense, Madrid 1998, pp. 138ss. (cf. *interioridad* en el índice, p. 321).

27. Obviamente aludo al célebre *conf.* III, 6, 11: *Tu autem eras interior intimo meo et superior summo meo* (*OcsA* 2, 1968, 5ª, p. 142), tan citado por teólogos y doctores. Por ejemplo, san Bernardo (*In Canticum canticorum, sermo* 74, 5; PL 183, 1141 B = p. 243, 2), san Buenaventura (*Op.*, II, *Solil.*, 1, 5, t. VIII, p. 31), y el maestro Eckhart (*Sermo* VI, 56, p. 55, 8). Para estos y otros autores vid. P. COURCELLE, *Les Confessions de saint Augustin dans la tradition littéraire. Antécédents et Postérité*, Études Augustiniennes, París 1963, pp. 285, n. 1; 313 n. 4; y 319, n. 1; pássim.

28. S. 153, 1, 1 (*OcsA* 23, 1983, p. 401); *Io. eu. tr.* 32, 4; e. 266, 4. G. HUMEAU, *Les plus beaux sermons de saint Augustin*, Études Augustiniennes, París 1986, II, p. 297ss.

todos condiscípulos. No por hablaros yo desde un sitial más elevado soy maestro vuestro, no; hay un Maestro común, el que mora en nosotros, y acaba de hablarnos en el evangelio a todos para decirnos lo que, a mi vez, os digo»²⁹. Y en fin, este que hará las delicias de predicadores y maestros de oración y, en consecuencia, de los verdaderos teólogos: «Pierde el tiempo predicando exteriormente la palabra de Dios quien no es oyente de ella en su interior»³⁰.

Quien llegó a definirse jardinero de sí mismo y labrador de su propia tierra³¹ nos recuerda con el texto apenas citado, por tirar sólo de uno, que la predicación empieza siendo autopredicación, es decir, interpretación y exposición de las Sagradas Escrituras para el propio provecho; o si se quiere, catequesis, antes que para los demás, para el mismo catequista, pues a la postre, el primer predicador y expositor e intérprete de las Escrituras y el primer catequista, según se encargó él mismo de advertir claro en los Evangelios, es Cristo³².

Algo similar sucede con la dirección espiritual, según permite comprobar una preciosa carta de san Agustín a la joven religiosa Florentina, tímida ella, por quien hubo de intervenir la madre suplicando del obispo palabras de aliento. Accedió generoso el Hiponense con la carta 266 en la que puntualiza, entre otras cosas, estos juicios tan reveladores del puesto que Cristo tenía en su corazón de pastor: «no des por cierto —le dice— que he de satisfacer a tus preguntas [...]. Esto lo hice, no como doctor perfecto, sino como alguien que ha de perfeccionarse con los discípulos [...]. Mucho mejor es que todos seamos discípulos de Dios [...].

29. S. 134, 1 (*OcsA* 23, 1983, p. 189); e. 23, 3. Vid. mis reflexiones al respecto a propósito del obispo sentado en la cátedra en *Valerio de Hipona*, en *Charisteria Augustiniana*, tomos prior, Madrid 1993, pp. 303-327; esp. 306-312. También a J.-P. CAILLET, *Cathedra*, en *AL* 1 (1992) col. 805-08.

30. S. 179, 1 (*OcsA* 23, 1983, p. 754). Pensamiento recogido por el Vaticano II en la Constitución dogmática *Dei Verbum*, 25. Vid. P. LANGA, *La Sagrada Escritura y san Agustín predicador*, en *RelCult* 43 (1997) 69-89, esp. 73, not. 26; y 88, not. 80-81.

31. *Conf.* X, 16, 25: «trabajo en mí mismo y me he hecho a mí mismo tierra de dificultad y de excesivo sudor» (*OcsA* 2, 1968, 5ª, p. 411).

32. Vid. E. LAMIRANDE, *Catechumenus*, en *AL* 1, col. 788-94; C. MAYER, *Catechizandis rudibus* (*De-*), en *AL* 1, col. 794-805; P. LANGA, *San Agustín y la catequesis*, en *RelCult* 43 (1997) 377-394.

Además, cuando se enseña hay que evitar con solitud el vicio de la soberbia, lo cual no ocurre cuando se aprende³³. Recuerda bien que aunque puedas aprender algo saludablemente por mi ministerio, te enseñará Aquel que es el Maestro interior del hombre interior, pues Él te hace ver en tu corazón que es verdad lo que se te dice. Porque *ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento*» (1 Cor 3, 7)³⁴.

Los directores de almas suelen ser pródigos en consejos. San Agustín de Hipona, en cambio, prefiere empezar, con la destinataria, por sí mismo, es decir, testimoniando el sostenido afán de suscitar la autonomía espiritual por la atención al Maestro interior³⁵. Pero no se limita a dejar sentado que Jesucristo es Maestro revestido de *suprema auctoritas*, más aún: que Él mismo, Jesucristo, es la *suprema Auctoritas*³⁶; estudia también los diferentes puntos de vista de tan alta doctrina, a saber: divino, único, singular, sapiencial, y así seguido. Detengámonos en el de la humildad, tal vez el más frecuentado por el Santo.

33. *Ep.* 266, 2 (*OcsA* 11b, 1991, 3ª, p. 539).

34. *Ép.* 266, 4 (*OcsA* 11b, 1991, 3ª, p. 541); s. 104, 4: «Si yo os digo algo propio de Cristo, os alimenta por ser de Cristo, pan común del que vivo yo también si es que vivo [...]. *Ya que ni el que planta es algo, ni el que riega, pues quien da el incremento es Dios* [1 Cor 3, 7]» (*OcsA* 10, 1983, p. 711); s. 153, 1: «Hablamos nosotros, pero es Dios quien instruye; hablamos nosotros, pero es Dios quien enseña [...]. Nosotros podemos plantar y regar, pero es asunto de Dios el dar el crecimiento. Quien planta y riega, actúa desde el exterior; quien da el crecimiento enriquece interiormente» (*OcsA* 23, 1983, p. 401); vid. asimismo, s. 81, 3; 145, 6.

35. Vid. G. MADEC, *La Patrie*, p. 67.

36. *Acad.* III, 19, 42 (*OcsA* 3, 1971, 4ª, p. 188s). Y en III, 20, 43: «Y para mí es cosa ya cierta que no debo apartarme de la autoridad de Cristo (*Christi auctoritate*), pues no hallo otra más firme» (*OcsA* 3, 1971, 4ª, p. 190). R. HOLTE, *Béatitude et Sagesse, Saint Augustin et le problème de la fin de l'homme dans la philosophie ancienne*, Études Augustiniennes, París 1962, 87-109; O. DU ROY, *L'intelligence de la foi*, 116s. Para bibliografía sobre Cristo Maestro único y *suprema auctoritas*, en J.H. SIEBEN, *Voces. Eine bibliographie zu Wörtern und Begriffen aus der Patristik (1918-1978)*, Walter de Gruyter, Berlín-Nueva York 1980, p. 240 (*auctoritas*); P. LANGA, *La autoridad de la Sagrada Escritura en «Contra Cresconium»*, en *Collectanea Augustiniana*, pp. 691-721. K.-H. LÜTCKE, *Auctoritas*, en AL 1, col. 498-510.

3. «DOCTOR HUMILITATIS»

Si la humildad es clave para entender la teología de san Agustín³⁷, en lo que atañe a su cristología es virtud imprescindible por esencial, definitoria y definitiva. Sin ella se haría en extremo difícil, por no decir imposible, sacar a flote un estudio sólido y satisfactorio sobre cristología agustiniana. Diríase que cristología y humildad, en los estudios agustinianos, son conceptos a fin de cuentas sinónimos: se reclaman entre sí. Afirma el Hiponense que «nuestra perfección es la humildad»: *Ipsa est perfectio nostra, humilitas*³⁸. Identifica, pues, humildad con perfección. Y ya veremos luego hasta dónde apura entre la humildad y Cristo.

Y es que, no contento con tan significativo avance, presenta la humildad como característica novedosa del cristianismo. La desconocían los paganos, orgullosos y, en consecuencia, incapaces de sentir el menor atractivo por ella. De ahí su rechazo en Cristo³⁹: de hecho, en herejías con fuerte dosis pagana, como el arrianismo⁴⁰, al que la Encarnación se le hace imposible por entender que implica sustancial mutación del Dios que se encarna, pues Dios

37. *Virg.* 31, 31 (OcsA 12, 1973, 2ª, p. 163). Vid. P. ADNÈS, *L'humilité vertu spécifiquement chrétienne d'après saint Augustin*, en RAM 28 (1952) 208-223; O. SCHAFFNER, *Christliche Demut, des hl. Augustinus Lehre von der Humilitas*, Würzburg 1959; J.A. GALINDO, *La humildad en san Agustín*, en «Teología Espiritual» 30 (1986) 207-220.

38. *En. Ps.* 130, 14: PL 37, 1714 (OcsA 22, 1967, p. 434). Acerca de *humilitas*, vid. *humilio*, en ThLL VI/3, col. 3100-3103. Y de *paupertas-humilitas*, las reflexiones de M. MERINO, *La pobreza de Cristo en los sermones de san Agustín*, en *Congresso internazionale su s. Agostino nel XVI centenario della conversione. Roma, 15-20 settembre 1986*, Atti II. Sezioni di studio II-IV, Istituto Patristico «Augustinianum», Roma 1987, pp. 295-311, esp. Cristo «siendo rico se hizo pobre...» (2 Cor 8, 9), pp. 301-304.

39. *En. Ps.* 93, 15: «Fratres mei, uel hinc solum nos discimus quia humilitatem nos docuit Christus, quia Deus factus est homo. *Ipsa est humilitas* quae displicet paganis; unde nobis insultant: Qualem Deum colitis?» (OcsA 21, 1966, p. 456); *en. Ps.* 118, s. 26, 4: «Multae autem possunt intellegi calumniae superbiorum, a quibus humilitas christiana despicitur; sed illa uel maxima est ... quod a nobis mortuum calumniatur coli. Humilitas quippe ipsa christiana, Christi morte insinuat, commendanturque diuinitus» (OcsA 22, 1967, p. 166); *e.* 118, 3, 17. Vid. P. BORGOMEI, *L'Église de ce temps dans la prédication de saint Augustin*. Études Augustiniennes, Paris 1972, pp. 102-112: 109s.

40. M. SIMONETTI, *Ario-Arianesimo*, en DPAC 1, col. 337-45; M. GRAZIA MARA, *Arriani-Arrius*, en AL 1, col. 450-59.

no puede abajarse hasta el extremo de su mezcla con la materia (carne), y para otras herejías con análogo procedimiento discursivo, era en absoluto vitando hablar de un Dios que se humilla, o se anonada, o desciende hasta el abajamiento total.

Aunque otra cosa que los paganos, los judíos no le iban a la zaga en lo del rechazo. Con la esperanza puesta en su futura liberación gloriosa y triunfal, pendientes de un Mesías victorioso y por llegar, hablarles así, del Mesías humilde, abatido como el Siervo de Yavé, derrotado en la cruz, se les antojaba punto menos que impensable, un escándalo mayúsculo⁴¹. Concedor de las distintas familias filosóficas, de los grandes clásicos, de tantas figuras ilustres del paganismo, el Obispo de Hipona extiende su juicio de valor a otros círculos paganos de la época. Joven aún, él mismo se había subido al pedestal de la autosuficiencia con la Retórica bajo el brazo. Sabe por eso denunciar, una vez convertido, la inexistencia de la humildad en tantos libros de los *extraños*, como él escribe, o sea, de los ajenos al cristianismo, en resumen, de los paganos. El texto que aporto es rico de matices: además de las tres metáforas de la humildad, declara en quiénes no está y de dónde brota, a saber: en el que, siendo excelso, vino hasta nosotros humilde, o sea el Verbo que se encarnó abajándose, al hacerlo, hasta nuestro nivel. El texto dice así:

«Esta agua de la confesión de los pecados, esta agua de la humillación del corazón (*aqua humiliationis cordis*), esta agua de la vida de salud (*aqua uitae salutaris*), que se considera despreciable a sí misma, que no presume de sí misma, que no se atribuye con soberbia nada a su propio poder; esta agua no se encuentra en ningún libro de los extraños, ni en los de los epicúreos, ni en los de los estoicos, ni en los de los maniqueos, ni en los de los platónicos. En todos ellos se hallan óptimos preceptos sobre las cos-

41. San Pablo aborda en Rm 1, 18-3, 20 las dos facetas del argumento, la de los paganos y la de los judíos. Vid. al respecto *en. Ps.* 118, s. 26, 4: «Esta calumnia es común a ambas clases de infieles, es decir, a los judíos y a los gentiles» (*OcsA* 22, 1967, p. 166): *Io. eu. tr.* 36, 2; *en. Ps.* 63, 13; *trin.* 1, 7. Asimismo, A. VERWILGHEN, *Cristologie et spiritualité selon saint Augustin*, 345-349; S. GONZÁLEZ, *La preocupación arriana en la predicación de san Agustín*, Estudio Agustiniano, Valladolid 1989; P. BORGOMEO, *L'Église de ce temps*, pp. 39-48; 87-96; Vid. G. MADEC, *La Patrie*, pp. 274-281. Para los paganos y Cristo [y su humildad] en san Agustín, vid. *ciu.* X, 29, 1-2.

tumbres y la disciplina; sin embargo, no se encuentra esta humildad. La vena de esta humildad brota de otro manantial; emerge de Cristo. El origen dimana de aquel que, siendo excelso, vino humilde»⁴².

a) «*Doctor humilitatis sermone et opere*»

La doctrina agustiniana de la humildad, sin embargo, no se limita al momento de la Encarnación. Ya antes, el Verbo se había preocupado de enseñarla y señalarla con su ejemplo; incluso de utilizarla como saludable medicina: «Era maestro de la humildad de palabra y obra (*Doctor humilitatis sermone et opere*); en efecto, en cuanto a la palabra, ya desde el comienzo de la creación, nunca calló ni cesó de enseñar la humildad por medio de los ángeles y los profetas; y se dignó enseñarla también con su ejemplo (*etiam exemplo suo*)⁴³. Vino en humildad nuestro creador (*Venit humilis creator noster*), creado entre nosotros; él, que nos hizo y fue hecho por nosotros⁴⁴: Dios antes del tiempo, hombre en el tiempo, para

42. *En. Ps.* 31, II, 18 (*OcsA* 19, 1964, p. 410); *Io. eu. tr.* 3, 15: «Estoy hablando, hermanos míos, de la humildad de Cristo. ¿Quién hablará dignamente de su majestad y de su divinidad? Para explicar y decir con palabras algo que se parezca, del modo que sea, a la humildad de Cristo, no me siento con fuerzas suficientes; mejor aún, me faltan las fuerzas» (*OcsA* 13, 1968, 2ª, p. 119). Compárese con lo dicho en la n. 10 acerca de las «escasas fuerzas» para tomar el alimento mezclado con carne: entonces tenía orgullo, no humildad.

43. *Trin.* 8, 5, 7: «Nuestro pensamiento es informado según esta noticia cuando creemos en un Dios hecho hombre por nosotros para darnos ejemplo de humildad (*ad humilitatis exemplum*) y una prueba de su amor divino. Es para nosotros de utilidad suma creer y retener, con inalterable firmeza en el corazón, cómo la humildad obliga a Dios a nacer de una mujer (*humilitatem qua natus est Deus ex femina*), y entre vejaciones innumerables fue conducido por los mortales a la muerte, siendo medicina eficaz contra la hinchazón de nuestra soberbia y sacramento recóndito (*altum sacramentum*) que desata el nudo del pecado» [*OcsA* 5, 1985, 4ª, pp. 435s; en la p. 435, n. 6, escribe Luis Arias a propósito de este texto: «En el plan divino, la humildad es la lección fundamental de la Encarnación. El orgullo es la dolencia; la humildad, la tisana medicinal, fuente de toda gracia. Cristo humilde es el epicentro de la cristología agustiniana, en frase de Harnack»; y en la p. 436, n. 7: «La abolición del pecado es como el fruto que, maduro, se desprende del árbol de la cruz. Dios vence por su humildad infinita»].

44. San Agustín juega mucho con estos contrastes. Con ellos afirma nítidas, aunque de modo implícito, las dos naturalezas. Algunas veces se detiene a explicar lo

librar al hombre del tiempo⁴⁵. Vino, como gran médico (*magnus medicus*), a curar nuestra hinchazón. De oriente a occidente, el género humano yacía como un gran enfermo, y requería un gran médico»⁴⁶.

San Agustín bucea más, mucho más con el concepto humildad en las profundas aguas cristológicas del admirable *commercium* o intercambio que con la Encarnación se produce⁴⁷. ¿Hubiera podido decir, sin la fundamental herramienta de la virtud dicha, que Jesucristo, el Verbo encarnado, participa de nuestra flaqueza, asume nuestra debilidad, se abaja hasta nuestro nivel, comparte nuestro dolor? Imposible. Pero lo más llamativo tal vez emerge al encarar dichas acciones —participar de nuestra flaqueza, descender para enseñarnos la senda, mostrarnos el camino, etc.— y comprobar que el Santo las propone como definiciones de humildad. Fiel a la Biblia, incorpora esta vez al análisis, no obstante, un discurso rigurosamente lógico, producto de lo cual será una cristología robusta y de la mejor factura. Comprobémoslo en estos dos textos pertenecientes a la predicación:

que no pasa de un simple aserto. Por ejemplo comentando a san Juan. Entre otros, remito al que hace a propósito de Jn 7, 28 en *Io. eu. tr.* 31, 3-4.

45. Vid. *Io. eu. tr.* 31, 5. Acerca del tiempo en san Agustín, argumento capital hacia el que nuestro genio de Hipona vino muchas veces y argumento especialmente presente, seguro, en el próximo Jubileo, vid. R. FLÓREZ, *Presencia de la verdad*, esp. *Temporalidad y tiempo en la «Ciudad de Dios»*, pp. 339-371; P. BORGOMEIO, *L'Église de ce temps*, esp. *Temps et éternité*, pp. 23-34; G. MADEC, «*Tempora Christiana*». *Expression du triomphalisme chrétien ou récrimination païenne?*, en *Scientia Augustiniana, Festschrift A. Zumkeller*, Augustinus-Verlag, Würzburg 1975, pp. 112-136; ID., *La Patrie*, pp. 283-285 («*Christiana tempora*»), donde hace un resumen de la bibliografía más reciente al respecto).

46. S. 240 A, 5 (*OcsA* 26, 1985, p. 28). R. ARBESMANN, *Christ the «medicus humilis» in Saint Augustine*, en AugM II, 623-629; M.-F. BERROUARD, *Le Christ Médecin*, BA 71, pp. 854-855 (con bibliografía). Más bibliografía en A. VERWILGHEN, *Cristologie et spiritualité*, 265-269, esp. 267, n. 241.

47. S. 80, 5: «nosotros tenemos la vida de él y él tuvo la muerte de lo nuestro. ¡Qué comercio! [*Qualia commercia!*]» (*OcsA* 10, 1983, p. 447); 121, 5: «Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (Jn 1, 14). ¡Trueque admirable! [*Magna mutatio*]» (*OcsA* 23, 1983, p. 42). Vid. M. HERZ, *Sacrum commercium. Eine begriffsgeschichtliche Studie zur Theologie der römischen Liturgiesprache*, München 1958; S. POQUE, *Christus mercator. Notes Augustiniennes*, RSR 48 (1960) 564-577; A. VICIANO, *Titoli soterici di Cristo nei «sermone» di sant'Agostino*, en *Congresso internazionale su s. Agostino nel XVI centenario della conversione*, Atti II. Sezioni di studio II-IV, pp. 323-336.

«El Doctor de la humildad (*Doctor autem humilitatis*), que participa de nuestra flaqueza y nos da la participación de su divinidad, que descendió para enseñarnos la senda y ser para nosotros el camino, se dignó encomendarnos de un modo especial su humildad»⁴⁸. «El nos enseñó el camino de la humildad (*humilitatis ille uiam docuit*) descendiendo para ascender después, visitando a quienes yacían en el abismo y elevando a quienes querían unirse a él»⁴⁹. Falta poco ya para considerar la muerte como la prueba última de humildad —lo hará comentando Filipenses— e incluso el definitivo instrumento de la subsiguiente elevación de quienes quisieran unirse a Jesucristo, raíz de la humildad: descender para ascender, llegarse hasta el abismo para elevar a los allí encerrados. De momento alude a ella [y a su consiguiente victoria o resurrección] desde las acciones que la muerte pascual comporta. En el texto figura ya el vocablo con que será denominado el propio Cristo, a saber: *camino* —otro de los títulos bíblicos que resultará emblemático en la cristología agustiniana—, pero a la vez la señal de ese camino, así como su meta.

b) «*Tota magna scientia*»

El texto que sigue revela hasta dónde llegaba san Agustín resumiendo la humildad en el proceso ascético de las criaturas racionales. «He aquí, pues, [dice] toda la gran ciencia (*tota magna scientia*): conocer que el hombre por sí no es nada; y que todo lo que es, de Dios y por Dios lo recibe»⁵⁰. Ciencia profunda, elevada, en plenitud, esta de la humildad. Ocurre como con la interioridad, tan unida, dicho sea de paso, a la humildad. Al contrario de la soberbia, o del orgullo, o de la sensualidad, la humildad enri-

48. *En. Ps.* 58, I, 7 (*OcsA* 20, 1965, p. 464). Se encarnó, pues, para mostrarnos el camino hacia Dios, y para hacerse, él mismo, Dios, nuestro camino. De ese modo devendrá señal del camino, nuestro camino, y meta del camino.

49. *S.* 340 A, 4 (*OcsA* 26, 1985, p. 27). Nuevamente la idea de la Encarnación y el camino que ella supone, pero claramente delineada ya la humildad.

50. *En. Ps.* 70, s. 1, 1 (*OcsA* 20, 1965, p. 817). El acento paulino (2 Cor 3, 5: *non quod sufficientes simus cogitare aliquid a nobis, quasi ex nobis: sed sufficientia nostra ex Deo est*) es nítido. Definitivo lo que san Agustín dice a Dióscoro en la *e.* 118, 3, 22.

quece. La humildad es centrípeta; la soberbia, centrífuga. La humildad es congregatoria, eclesial, esperanzadora. La soberbia, en cambio, disgregatoria, anticristiana, dispersiva. En ello abundará la espiritualidad agustiniana.

Pero hay más. Si la soberbia, de puro querer obrar a capricho, arroja las cosas íntimas de sí, la humildad, por el contrario, a fuerza de cobijarse en Dios y buscar el calor de su divino regazo, las apetece. Aquí, como en la fe sucede, donde una cosa es creer *a* Dios y otra creer *en* Dios⁵¹, podríamos decir que predicar o escribir de la humildad es bien distinto a vivir *en* humildad. No sólo ser humildes por Él, sino ante todo *en* Él. Y entre esas plausibles metas que la humildad ansía están la presencia de Dios, más íntimo que todo lo íntimo, y están su amistad y su gracia, el gozo interior y el deleite de la belleza espiritual. «¡Qué grande eres, [Señor]! Así y todo, los humildes de corazón son tu morada»⁵². En resumen, donde hay humildad, allí reina igualmente la caridad: *Ubi autem charitas, ibi pax; et ubi humilitas, ibi charitas*⁵³. Donde la humildad germina, allí florece el vergel; donde la soberbia, allí el desierto. Nada extraña que san Agustín diga que la humildad conduce a la intimidad y contacto con Dios, que se deja tocar de los humildes: «Alto es Dios, y es alcanzado por los humildes»⁵⁴.

La economía de la Encarnación está expresada, paradójicamente, por conceptos de grandeza y humildad, de abatimiento y

51. *Io. eu. tr.* 29, 6: «Esta es obra de Dios: que creáis en aquel que Él envió (Jn 6, 29); que creáis en Él, no que le creáis a El. Si creáis en Él, le creáis también a Él; pero no el que le crea a Él cree necesariamente en Él. Los demonios le creían a Él, pero no creían en Él [...]. ¿Qué es, pues, la fe en Él? Es una fe amante, una fe llena de amor, una fe que le lleva a Él y le incorpora a sus miembros [...]. No se trata de una fe cualquiera, sino de la fe que actúa por el amor» (*OcsA* 13, 1968, 2ª, p. 627). Sobre Jn 6, 29 vid. M.-F. BERROUARD, *L'exégèse de Io. 6, 29*, en *BAug* 72 (París 1977) 791-793.

52. *Conf.* XI, 31, 41 (*OcsA* 2, 1968, 5ª, 501).

53. *Ep. Io. prol.* (*OcsA* 18, 1959, p. 193); *uirg.* 51, 52: *custos ergo uirginitatis charitas: locus autem huius custodis humilitas* (*OcsA* 12, 1973, 2ª, p. 194s). Y para la verdad, ningún camino como la humildad (*e.* 118, 3, 22). Para la primera obra citada, vid. D. DIDEBERG, *Saint Augustin et la première épître de saint Jean. Une théologie de l'Agapè*. Préface d'A.-M. La Bonnardière. Ed. Beauchesne, París 1975; ID., *Amor*, en *AL* 1, col. 294-300.

54. *En. Ps.* 74, 2: *et altus est [Deus], et ab humilibus contingitur* (*OcsA* 20, 1965, p. 963). Los humildes, que son los pobres, y viceversa: vid. *e.* 140, 24, 60-61.

elevación, por antonimia en una palabra: «Si sabemos que quien nos habla es Dios y es hombre, discernamos las palabras de Dios y las palabras del hombre. Porque hay veces que nos dice cosas que pertenecen a la majestad (*ad maiestatem*), y otras veces nos dice cosas que pertenecen a su estado de humillación (*ad humilitatem*). Es excelso el mismo que es humilde para hacernos excelsos a nosotros, que somos humildes»⁵⁵. En este aspecto, la humildad de Cristo se hizo la medianera de salvación: «Por eso (Cristo) se hizo mediador, para reconciliarnos por la humildad con Dios, de quien nos habíamos alejado mucho por la impía soberbia»⁵⁶. Majestad y humildad, de este modo, se hacen conceptos convergentes: se necesitan entre sí. Desde la estricta gramática son antónimos, es cierto; pero en teología resultan a la postre sinónimos.

La humildad de la Encarnación, como estado ontológico de Cristo, imprime un sello propio a todas las manifestaciones de su vida. La forma de siervo fue un principio habitual de actos humildes y salvíficos: «El manantial de todas las enfermedades es la soberbia, porque la soberbia es la fuente de todos los pecados [...]. ¿Por qué te ensoberbeces tú, oh hombre? Dios se humilló por ti. Tal vez te ruboriza imitar a un hombre humilde; imita, al menos, al humilde Dios [...]. Toda tu humildad consiste en que te conozcas [...]. La soberbia hace su voluntad, la humildad hace la voluntad de Dios. Por eso al que se llegue a mí no lo arrojaré fuera. ¿Por qué? *No he venido a hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió* (Jn 6, 38). Yo he venido humilde, yo he venido a enseñar la humildad, y yo soy el maestro de la humildad (*magister humilitatis*). El que se llega a mí, se incorpora a mí; el que se llega a mí, se hace humilde, y el que se adhiere a mí, será humilde, porque no hace su voluntad, sino la de Dios. Esa es la causa de que no se le arroje fuera: estaba arrojado fuera cuando era soberbio»⁵⁷.

55. *Io. eu. tr. 21, 7* (*OcsA 13, 1968, 2ª, p. 485*); *Io. eu. tr. 28, 5: ad ipsam celsitudinem per humilitatem uiam sternere* (*OcsA 13, 1968, 2ª, p. 612*).

56. *E. 140, 28, 68* (*OcsA 11ª, 1987, 3ª, p. 216*). En el mismo sentido, san Agustín, para quien la misión del Hijo de Dios se identifica con su humillación: *Missio quippe eius exinanitio suimetipsius est et formae seruilis acceptio*: «Su misión es, ciertamente, el anonadamiento de sí mismo y su aceptación de forma de siervo» (*Io. eu. tr. 26, 19: OcsA 13, 1968, 2ª, p. 592*).

57. *Io. eu. tr. 25, 16* (*OcsA 13, 1968, 2ª, p. 567s*); *e. Ps. 58, I, 7; s. 340 A, 4*.

c) *Grados en la humildad de Cristo*

Cristo, sin embargo, multiplicó los actos y virtudes para una victoria más plena. Y en esa sucesiva multiplicación san Agustín advierte diversas clases o grados dentro de la humildad de Cristo. De suerte que a la *humilitas carnis* (Encarnación), hay que añadir la *humilitas passionis* o de los padecimientos (soteriológica, cabría decir también); y a una y otra, en fin, la *humilitas mortis*, o supremo anonadamiento de la cruz. Su obediencia hasta la muerte de cruz le hizo descender por todos estos escalones de humildad que san Pablo destaca (Flp 2, 8): «Queriendo el Apóstol ponderar su obediencia hasta la muerte, no se contentó con decir: *Hecho obediente hasta la muerte*, no hasta una muerte cualquiera, sino que añadió: *Hasta la muerte de cruz* (Flp 2, 8) [...]. Sufrió un juicio injusto, para poder hacer un juicio justo. Acatar el juicio injusto fue indicio de misericordia, y al humillarse hasta la muerte de cruz no hizo más que dar largas a su poder manifestando su misericordia»⁵⁸.

En esto también se hizo Maestro de humildad: «Maestro de humildad es Cristo, que se humilló, haciéndose obediente hasta la muerte, y hasta la muerte de cruz. No pierde la divinidad cuando nos enseña la humildad; por aquélla es igual al Padre, por ésta es semejante a nosotros; por lo que tiene de igual con el Padre, nos creó, para que existiéramos; por lo que tiene de semejante con nosotros, nos redimió, para que no pereciésemos»⁵⁹. Claramente aludidas, pues, y distinguidas por cierto, las dos naturalezas; divina y humana; la majestad propia de Dios, y la humildad propia del hombre.

La humildad de Cristo nos trajo la purificación por su sangre, pues de no ser humilde no se hubiera entregado a la muerte de cruz: «El hisopo sobre el cual pusieron la esponja empapada en vinagre, por ser una hierba humilde, que sirve de purgante,

58. *Io. eu. tr.* 36, 4 (*OcsA* 14, 1965, 2ª, p. 7s). Acerca de *hasta la muerte de cruz*, vid. las reflexiones y bibliografía de A. VERWILGHEN, *Cristologie et spiritualité*, esp. *B. Obéissant jusqu'à la mort de la croix*, pp. 415-423.

59. *Io. eu. tr.* 51, 3 (*OcsA* 14, 1965, 2ª, p. 209); *Io. eu. tr.* 28, 5: «La patria es alta, y el camino, humilde. La patria es la vida de Cristo, y el camino, la muerte de Cristo. La patria es la morada de Cristo, y el camino, la pasión de Cristo. El que rehusa el camino, ¿por qué busca la patria?» (*OcsA* 13, 1968, 2ª, p. 612).

representa la humildad de Cristo, que ellos cercaron y creyeron haber bloqueado. Por eso dice el Salmo: *Me rociarás, Señor, con el hisopo, y quedaré limpio* (Sal 50, 9). Porque por la humildad de Cristo somos limpios, ya que, si no se hubiese humillado a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte de cruz, su sangre no hubiese sido derramada para la remisión de los pecados, es decir, para nuestra limpieza»⁶⁰. Nótese que san Agustín, para reafirmar su argumento de la humildad de Cristo, aquí trabajado sobre el yunque de la mejor teología, recurre a la interpretación simbólica de una hierba como el hisopo, de suyo una planta sin más.

Por eso la cruz, que fue el instrumento de su ignominia, se hizo nave portadora de los hombres por el mar del siglo⁶¹. A los filósofos del mundo se les ha escapado esta profunda sabiduría. La gloria de los platónicos estuvo en vislumbrar el ser divino, aunque de lejos; pero no les cupo en la cabeza la humildad de un Dios hecho carne y muerto en la cruz. Basado en san Pablo cuando escribe a los Romanos acerca de los sabios que, habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, de manera que *porque se creían sabios, se entontecieron* (Rom 1, 22), y se entregaron al culto de los ídolos, añade san Agustín: «Caídos ya, hicieron tales excesos y cayeron por la soberbia, que les hizo creerse sabios. De éstos añade el Apóstol que, habiendo conocido a Dios, vieron lo que dice San Juan: que por el Verbo de Dios fue hecho todo (Jn 1, 3)⁶². Porque estas verdades se encuentran en las obras de los filósofos, y aun la de que Dios tiene un Hijo unigénito, por quien todas las cosas han sido hechas (Jn 1, 3; 1, 10). Vieron lo que verdaderamente es, aunque de lejos. Pero se resistieron a aceptar la humildad de Cristo (*noluerunt tenere humilitatem Christi*), que es la nave para arribar a eso mismo que de lejos vislumbraron. Les pareció una infamia la cruz de Cristo. ¿Tienes que pasar el mar y desprecias el madero? ¡Sabiduría insolente! Te mofas de Cristo

60. *Io. eu. tr* 119, 4 (*OcsA* 14, 1965, 2ª, p. 592). Sobre este tema vid. J.L. AZCONA, *La doctrina de la humildad en los Tractatus in Ioannem*. Roma 1972.

61. H. RONDET, *Le symbolisme de la mer chez saint Augustin*, en *AugM* II, pp. 691-701; U. RAHNER, *L'ecclésiologia dei Padri*, Edizioni Paoline, Roma 1971, esp. *Atenna Crucis*, pp. 395-966; P. LANGA, *La teología náutica en la catequesis de los Padres*, en «Teología Espiritual» 88 (1986) 107-117.

62. A. VERWILGHEN, *Cristologie et spiritualité*, 164-166.

crucificado, del mismo que de lejos veías: *En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba en Dios* (Jn 1, 1)⁶³. ¿Por qué fue crucificado? Es que te era necesario el madero de su humildad (*lignum humilitatis*). La hinchazón de tu soberbia te echó, como cosa abyecta, de aquella patria, y las olas de este siglo te interceptaron el camino. Y no hay otro medio de llegar a la patria sino el del madero de la cruz. ¡Qué ingratitude burlarse del que viene a ti para la seguridad de tu retorno! [...]. Por ti fue crucificado. Quiso darte lecciones de humildad (*ut humilitatem doceret*). Si hubiera venido como Dios, nadie le hubiera recibido como tal. Su venida, como Dios, no sería para quienes no tenían ojos para verle. Dios, como tal, ni viene ni se va. Está presente en todas partes y no le encierra lugar alguno. ¿Cómo vino? Como hombre»⁶⁴. La plenitud de la humildad, en consecuencia, el supremo radicalismo de la humildad, es la cruz. No es la filosofía la que salva, sino la humilde sabiduría cristiana, que se abraza al madero de la Cruz. Alude san Agustín a los platónicos de su tiempo, o anteriores, como Plotino y Porfirio.

d) «*Quia mitis sum et humilis corde*» (Mt 11, 29)

Tal vez sea *De sancta uirginitate* donde la actitud de san Agustín hacia Cristo brilla con mayores destellos, y, en concreto, para cuanto nos concierne, por el binomio *humilitas-uirginitas*⁶⁵. Comentando el *cántico nuevo de las vírgenes* (Sal 95, 1), y a propósito del Cordero, al que nadie seguirá sino las vírgenes (Ap 14, 2-4), prosigue: «El gozo de las vírgenes de Cristo será de Cristo, en Cristo, con Cristo, tras Cristo, mediante Cristo y por Cristo»⁶⁶. Y luego, a cuento de la humildad (más vírgenes por más humildes,

63. A. VERWILGHEN, *Cristologie et spiritualité*, 162-164.

64. *Io. eu. tr.* 2, 4 (OcsA 13, 1968, 2ª, p. 93s). El argumento salió ya como aserto; aquí lo trabaja con las añadiduras propias del teólogo que discurre penetrante, esta vez con san Pablo.

65. T. VAM BAVEL, *Recherches sur la christologie de saint Augustin*, p. 8, n. 8; A. VERWILGHEN, *Cristologie et spiritualité*, 434-435 (*L'humilité et la virginité*); G. MADEC, *La Patrie*, 205.

66. *Uirg.* 27, 27 (OcsA 12, 1973, 2ª, p. 157). Muy sugerentes las reflexiones al respecto de H. RONDET, *Le thème du Cantique nouveau dans l'oeuvre de s. Augustin*, en *L'homme devant Dieu. Mélanges H. de Lubac*, París 1963, I, 341-353.

y mejor humildes que vírgenes), añade que la grandeza debe ser proporcionada, pues «Cristo, el Doctor de la humildad (*Doctor itaque humilitatis*), se anonadó primero a sí mismo tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres y reducido a la condición de hombre. Se humilló a sí mismo hecho obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz (Flp 2, 7-8)»⁶⁷.

«Aquél a quien el Padre entregó todas las cosas [...] no ha dicho: “Aprended de mí a construir el mundo y a resucitar a los muertos”, sino *que soy manso y humilde de corazón* (Mt 11, 29). ¡Oh salvadora doctrina! ¡Oh Maestro y Señor de los mortales, a quienes la muerte ha sido propinada y transfundida con el licor del orgullo (*poculo superbiae*)! No nos quisiste enseñar sino lo que eras tú mismo, ni has querido mandarnos sino lo que antes habías tú practicado. Te veo, ¡oh buen Jesús!, con los ojos de la fe que me has abierto clamando y diciendo, como en una oración, a todo el género humano: *Venid a mí y aprended de mí* (Mt 11, 28.29) [...]. ¿Qué es lo que vamos a aprender de ti para venir a ti? *Que soy manso y humilde de corazón: Quia mitis sum et humilis corde* (Mt 11, 29), dices⁶⁸. ¿A esto se han reducido los tesoros de la sabiduría y de la ciencia escondidos en ti? ¿A que vengamos a aprender como una cosa grande de ti *que eres manso y humilde de corazón* (Mt 11, 29)? ¿Tan excelsa cosa es ser pequeño, que, si tú no nos la enseñaras, siendo tan excelso, no sería posible aprenderla? De seguro. No podrá encontrar de otra suerte su paz el alma (*requies animae*) si no es reabsorbiendo esa inquieta hinchazón

67. *Uirg.* 31, 31 (*OcsA* 12, 1973, 2ª, p. 163). Vid. A. VERWILGHEN, *Cristologie et spiritualité selon saint Augustin*, París 1985.

68. Vid. Mt 11, 29 en la predicación agustiniana, en s. 24, 4; 50, 11: «Aquel gran Sacerdote, el morador de esta casa, nuestro Señor Jesucristo, para lograr el regreso del hombre que por soberbia se había alejado del paraíso, se dignó presentarse a sí mismo como ejemplo de humildad (*exemplum humilitatis*); lo atestigua el Evangelio al decir: *Aprende de mí, que soy manso y humilde de corazón* [Mt 11, 29]» (*OcsA* 7, 1981, 4ª, p. 739s); 164, 7: «*Aprended de mí...* [Mt 11, 29]. ¿Por qué dudas en cargar con este peso? ¿Es acaso carga pesada [*sarcina grauis*] la humildad y la piedad? ¿Es carga pesada la fe, la esperanza y la caridad? Estas son las que hacen a uno manso y humilde» (*OcsA* 23, 1983, p. 601); 279, 3: «*Aprende de mí...* [Mt 11, 29]. Sé tú nuestro maestro, puesto que eres manso y humilde de corazón ¿Dónde pudo o debió mostrarlo más dignamente que en la cruz? [...]. Porque es manso y humilde de corazón dice: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen* [Lc 23, 34]» (*OcsA* 25, 1984, p. 68). Vid. también s. 68, 10, 12; 69, 2; 142, 11.

(*inquieta tumore*), por la que se antojaba grande a sí misma mientras para ti estaba todavía enferma»⁶⁹.

Lo que antecede basta para comprender por qué san Agustín, una vez interpretada la humildad en Cristo, y a la luz de Cristo, como lo decisivo del dogma cristiano, supuesto que ella misma había contribuido a arrancarle del neoplatonismo, no vaciló en trasvasar tan precioso cargamento doctrinal a su vida diaria de monje y pastor hiponense, preocupado por la solicitud de la Iglesia Madre. Si el pincel no lo hubiese pintado con creces, bastaría echar mano de cuánto su disponibilidad al servicio eclesial dice y enseña. Cuando la pintura ha inmortalizado en los lienzos al Santo que lava los pies al Salvador es porque sus textos, que abundan en el *Christus humilis*⁷⁰, así lo permiten; y diré más: así lo exigen.

4. «HUMILITER AD HUMILEM UENITE»

La densidad de los textos agustinianos, cristológicos o no, alcanza proporciones no raras veces inabarcables para un análisis que se precie de medianamente riguroso. Lo prueba bien el sintagma que encabeza esta reflexión⁷¹. Dividido en dos partes, obtendremos por un lado el adverbio *humiliter*, y por otro el segmento *ad humilem uenite*. A través de tal segmento parece traslucírsenos el infatigable escritor del *De sancta uirginitate* que, pastor y maestro, insiste para que las vírgenes vayan a Cristo (*uenite*). Pero es de notar cómo define a Cristo: a base de sustantivizar el adjetivo y aplicarle el artículo determinado: *el* humilde. Cristo es no sólo humilde, sino *el* humilde. Antes, se vio ya, nos ha dicho que Jesucristo vino a enseñar el camino de la humildad; más aún, a hacerse él mismo humildad: Cristo, por tanto, es la humildad. Parece razonable,

69. *Uirg.* 35, 35 (*OcsA* 12, 1973, 2ª, pp. 170s). Será preciso ejercitarse en la disciplina de la piadosa humildad [*disciplina piae humilitatis*] (*e.* 127, 5: *OcsA* 8, 1967, 2ª, p. 873).

70. Vid. mi trabajo *Jesucristo en la vida de san Agustín*, en «Augustinus» 43 (1998) 79-105, esp. *Christus humilis*, 94-97, con la bibliografía de las notas 75 y 90.

71. *Uirg.* 52, 53 (*OcsA* 12, 1973, 2ª, p. 196); *Io. eu. tr.* 12, 6: «No hay quien nazca del Espíritu si no es humilde. Es la humildad misma la que nos hace renacer del Espíritu; el Señor está junto a los de corazón contrito» (*OcsA* 13, 1968, 2ª, p. 306).

pues, que el santo Doctor señale como mejor manera de acercarnos a Cristo, la del humilde, echando mano del adverbio que así, de pronto, cuadra de medio a medio, a saber: humildemente (*humiliter*). ¿Exigencia retórica? Sea de ello lo que fuere, se trata en este caso de un adverbio que arraiga en lo más hondo de la cristología agustiniana⁷².

Otra prueba no menos elocuente ofrece el texto que sigue, cuyo contenido destaca junto a Cristo, protagonista principal del cuadro, a los que, en él y por él, coprotagonizan acciones descritas retóricamente con la antítesis. Se trata de un texto con parecido planteamiento al de *en. Ps.* 85 sobre la oración. En este caso gira sobre la abnegación y, en definitiva, la humildad y dice así: «Vino (el mismo Rey = Cristo) a nosotros, y fue despreciado entre nosotros por nosotros; y después lo fue con nosotros, y nos enseñó a ser despreciados, porque Él fue despreciado; nos enseñó a tolerar, porque Él toleró; a padecer, porque Él padeció; y nos prometió que habríamos de resucitar, porque Él resucitó, demostrando en sí mismo qué debíamos esperar [...]. Si Él se llama nuestro Redentor, estábamos cautivos [...]. De ellos (diablo y sus ángeles) nos redimió el que no dio oro ni plata por nuestro rescate, sino su propia sangre»⁷³. Rozamos así, bien mirado, los argumentos del *Christus mediator/redemptor* y del *Christus manumissor/mercator*⁷⁴. Atrás salió lo del admirable *commercium*. Ocurre, sin embargo, que seguimos con el *Christus humilis / Doctor humilitatis* que atrás puse de relieve.

Que Jesucristo se hizo para nosotros, y por nosotros, modelo de humildad lo afirma san Agustín también en las *Enarrationes*: «Para ti se hizo modelo humillándose»⁷⁵. Pero la escueta afirma-

72. *Io. eu. tr.* 5, 3: «¿Por qué convenía que Cristo fuera bautizado y que naciera y fuese crucificado? Si vino Él a mostrarnos el camino de la humildad (*uiam humilitatis*) y a hacerse Él mismo ese camino (*et seipsum factururus ipsam humilitatis uiam*), debió en todo cumplir con la humildad» (*OcsA* 13, 1968, 2^a, p. 147).

73. *En. Ps.* 125, 1 (*OcsA* 22, 1967, p. 321). Vid. W. GEERLINGS, *Aduentus Christi*, en *AL* 1, col. 104-106.

74. Vid. G. REMY, *Le Christ médiateur dans l'oeuvre de saint Augustin*; Lille-París 1979, 2 vols.; A. VERWILGHEN, *Le Christ médiateur selon Ph 2, 6-7 dans l'oeuvre de saint Augustin*, en *Collectanea Augustiniana*, tome II, pp. 469-482.

75. *Exemplum enim tibi fecit humiliando se* (*en. Ps.* 119, 1: *OcsA* 22, 1967, p. 205). Vid. H. PÉTRÉ, *Exemplum I, Epoque patristique*. *DSp* 4 (1961) 1886-1892; A. LUMPE, *Exemplum*, *RAC* 6 (1966) 1229-1257; W. GEERLINGS (vid. la n. 2).

ción saldrá enriquecida con la oportuna glosa en torno a la humildad⁷⁶, entendida esta vez, más que como camino para descender Cristo hasta nosotros, vertiente cristológica de más empuje teológico, para subir nosotros hasta Cristo, lo cual puede antojarse de claro acento ascético, mas advirtiendo siempre que Jesucristo es la fuente de la humildad cristiana⁷⁷ y el monte al que no podríamos subir si él no hubiese bajado primero hasta nosotros. Un bajar para subir, siempre en humildad. Se comprende, pues, la fuerza del *humiliter ad humilem uenite*.

La *kénosis* que la humildad entraña constituye, siendo así, el mejor camino para subir hasta Cristo⁷⁸. El texto merece ser citado: «*Dispuso subidas en su corazón desde el valle de lágrimas al lugar que estableció* (Sal 83, 6 y 7). Habló de subidas. ¿En dónde? En el corazón. ¿Por qué punto? Por el valle de lágrimas [...]. El valle simboliza la humildad; el monte, la grandeza. Existe un monte adonde subir: cierta grandeza espiritual. ¿Y cuál es este monte al que subimos? Nuestro Señor Jesucristo⁷⁹. El que hizo para ti, padeciendo, el valle del llanto, hizo, permaneciendo, el monte de subida [...]. Bajó a ti permaneciendo en sí; bajó a ti a fin de hacerse para ti valle de lágrimas; permaneció en sí siendo para ti monte de subida [...]. Quienes no querían subir por el valle del llanto fueron forzados por Él. Precipitadamente querían conseguir la subida; pensaban en elevados honores, mas no en el camino de la humildad. Supongo que entenderá vuestra caridad lo que digo: dos discípulos quisieron sentarse a los lados de Cristo, uno a la derecha, el otro a la izquierda (Mt 20, 20-23). El Señor vio que pensaban apresurada y desarregladamente en honores, cuando ante todo debieran aprender a humillarse para ser ensalzados; y por eso les dice: *¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?* (Mt 20, 22). Él había de beber el cáliz de la pasión en el valle de lágrimas; mas

76. A.J. MIRALLES, *La interpretación de los salmos en san Agustín*, en ScrTh 5 (1973) 789-829; O. PERLER, *Augustinus und die Psalmen*, en «Anima» 4 (1949) 289-293.

77. A. VERWILGHEN, *Le Christ Jésus, source de l'humilité chrétienne*, en A.-M. LA BONNARDIÈRE, *Saint Augustin et la Bible. Bible de tous les temps*, Beauchesne, París 1986, pp. 427-437.

78. J. MORÁN, *El hombre frente a Dios. El proceso humano de la ascensión a Dios según san Agustín*, Valladolid 1963.

79. *Io. eu. tr.* 28, 5 (*OcsA* 13, 1968, 2ª, p. 612); vid. las *ee.* 118, 3, 22; 155, 2, 5.

ellos, no atendiendo a la humildad de Cristo, querían asir la altura de Cristo. Los llamó al camino como a errantes, sin negarles lo que ellos querían, sino mostrándoles por dónde lo habían de conseguir»⁸⁰. El resumen de este sustancioso texto reside en la frase corazón del mismo: *Humiliter ad humilem uenite*⁸¹.

Pero donde la humildad de Cristo alcanza valor normativo y se hace objeto de un encendido cántico por parte de la sagrada Liturgia y de mantenida referencia a la imitación y práctica en la vida de la Iglesia y, en consecuencia, motivo de un esplendoroso comentario agustiniano, es en el comúnmente conocido como *Himno a los Filipenses* (Flp 2, 6-11), que en la voluminosa obra de san Agustín recurre —no podía ser menos— *como un refrán*⁸², motivo sobrado para que haya suscitado, de suyo, abundante bibliografía en los estudios agustinianos⁸³. Marca, sin duda, el *Himno a los Filipenses* la cúspide cristológica de san Pablo. Y el Apóstol de los gentiles, a su vez, el personaje bíblico determinante en la cristología del Obispo de Hipona: «Así, pues, cogí avidísimamente las venerables Escrituras de tu Espíritu, y con preferencia a todos, al Apóstol Pablo»⁸⁴. Con esta enfatizada expresión refiere el Santo el acto casi desesperado con que, diez años antes, le había confiado a Romaniano: «Titubeando, con prisa y ansiedad, cogí el

80. *En. Ps.* 119, 1 (*OcsA* 22, 1967, p. 205-206); *Io. eu. tr.* 28, 5: «Esta es, finalmente, la respuesta a los que buscaban la exaltación [=los Boanerges]: *¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?* [Mt 20, 22]. Mirad por donde se llega a la exaltación [*cel-situdinem*] que tanto anheláis. Hacía ciertamente referencia al cáliz de la humildad y de la pasión [*Calicem quippe commemorabat humilitatis atque passionis*]» (*OcsA* 13, 1968, 2ª, p. 612).

81. *Uirg.* 52, 53 (*OcsA* 12, 1973, 2ª, p. 196). Vid. G. MADEC, *Ascensio, ascensus*, en AL 1, col. 465-75.

82. A.-M. LA BONNARDIÈRE, *Saint Augustin et l'augustinisme*, p. 86.

83. Vid. al respecto la obra de A. VERWILGHEN, *Christologie et spiritualité selon saint Augustin*, el trabajo tal vez más representativo y profundo de todos. Asimismo la n. 2.

84. *Conf.* VII, 21, 27 (*OcsA* 2, 1968, 5ª, p. 298). Sobre el *avidissime arripui* cf. C. MAYER, *Arripui, aperui et legi*, en AL 1, col. 459. La lectura que pone fin a las dudas de Agustín apuntadas en este texto es posterior a la de los *libri Platoniorum* (cf. *conf.* III, 4, 8). En realidad, todo *conf.* VII abunda sobre la humildad y la Encarnación. Para la cristología de san Pablo y sus fórmulas e himnos cristológicos en san Agustín son buenas las reflexiones de A. GRILLMEIER, *Gesù il Cristo nella fede della Chiesa. Dall'età apostolica al concilio di Calcedonia (451)*, volume I, tomo I, Paideia Editrice, Brescia 1982, pp. 115-169.

libro del apóstol Pablo [...]. Y lo leí todo entero con mucha atención y piedad»⁸⁵. Este afán de leer a san Pablo se había hecho sentir al contactar con ciertos libros neoplatónicos que, tras encender en él un fuego de entusiasmo, le habían dejado vacío en lo tocante a la vía que conduce a Cristo: «Pero yo, que no era humilde [dice], no tenía a Jesús humilde por mi Dios, ni sabía de qué cosa pudiera ser maestra su flaqueza (*eius infirmitas*)»⁸⁶.

Pablo, pues, fue providencial para que Agustín diese con el camino en la búsqueda del Cristo humilde. La comprensión del mensaje paulino, anterior a la definitiva conversión [no hizo más que consolidarla], permanecerá en el de Hipona durante su vida de monje, sacerdote y obispo, *une ligne de lumière et de force*⁸⁷. Y de los temas cristológicos, ninguno acaso como el de Filipenses. Su comentario agustiniano permite afirmar ahora, como de la eclesiología/cristología al principio, que su cristología se inspira en la Escritura y la Escritura inspira su cristología. Es a partir del Hijo, igual al Padre *in forma dei*, anonadado *in forma serui*, humillado, obediente hasta la muerte de cruz, y exaltado a la diestra del Padre como hay que entrar en la inteligencia creyente de Agustín y tomar conciencia del papel jugado por las múltiples mediaciones. En efecto, junto a una serie de textos en que él comenta versillos de la perícopa misma, la mayoría de los casos donde estas citaciones aparecen son, sin embargo, muy dispares y reflejan numerosas preocupaciones y abundantes propósitos: trabajo exegetico, investigación doctrinal, enseñanza pastoral, búsqueda espiritual, reflexión moral, obra polémica. Esta variopinta perspectiva no tiene que desdibujar, pese a todo, la unidad relativa a la persona de Cristo, Verbo anonadado, Dios y hombre, *principio de coherencia de la doctrina agustiniana*⁸⁸.

85. *Acad.* II, 2, 5 (*OcsA* 3, 1971, 4^a, p. 106). El texto prueba el constante recurso de san Agustín a Cristo cuando habla de la Filosofía. Vid. paragonando *conf.* VII, 21, 27 y *Acad.* II, 2, 5 a P. COURCELLE, *Les Confessions de saint Augustin dans la tradition littéraire. Antécédents et Postérité*, 196.

86. *Conf.* VII, 18, 24 (*OcsA* 2, 1968, 5^a, p. 294). Para la oposición entre la majestad divina y la debilidad (*infirmitas*) humana en Cristo, vid. G. BARTELINK, «*Fragilitas (infirmitas) humana*» chez Augustin, en *Collectanea Augustiniana*, pp. 815-828.

87. A.-M. LA BONNARDIÈRE, *Préface*, en A. VERWILGHEN, *Christologie*, p. 7.

88. G. MADEC, *Christus, scientia et sapientia nostra. Le principe de cohérence de la doctrine agustinienne*, *RAug* 10 (1975) 77-85.

«¿Quieres ahora conocer su debilidad? *El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros* (Jn 1, 14). La fortaleza de Cristo te creó y la flaqueza de Cristo te recreó (*Fortitudo Christi te creauit, infirmitas Christi te recreauit*). La fortaleza de Cristo hizo que lo que no existía existiese, y la flaqueza de Cristo hizo que lo que existía no pereciese; su fortaleza nos creó y su flaqueza nos buscó»⁸⁹. Entre *fortitudol infirmitas*, o *creauitl recreauit*, reside la fuerza del tema de la humildad aquí estudiado en torno a la doctrina agustiniana del magisterio de la encarnación del Verbo⁹⁰.

5. LA HUMILDAD, CLAVE EN CRISTOLOGÍA AGUSTINIANA

La humildad es clave, si no la clave, en cristología agustiniana. Infinita lección del Verbo encarnado que tanto le costó al joven Agustín antes de convertirse, falto entonces de humildad como estaba (también los maniqueos tenían su cristología, compatible [ya se ve] con su orgullo), acabó siendo su brújula y su norte, su ciencia y su querencia, pues Jesucristo Maestro fue siempre, para él, Alguien hecho sensible dulzura al paladar del corazón, viva presencia de amor en el alma y recóndito sacramento (*altum sacramentum*) en sus actuaciones pastorales.

Cristo, Maestro por Sabiduría encarnada, fundamento de la fe cristiana en cuanto Maestro interior que enseña *intus et foris*, de palabra y obra y con el ejemplo (*sermone et opere et exemplo*), deviene acabada catequesis y suprema lección en la humildad. La humildad es fundamental para entender la cristología agustiniana. El Hiponense la considera característica novedosa del cristianis-

89. *Io. eu. tr.* 15, 6 (*OcsA* 13, 1968, 2ª, p. 361s).

90. Sublime, misterioso magisterio de un maestro cuya cátedra es el cielo: «Bajo la autoridad de este maestro, que tiene en el cielo su cátedra —pues hemos de ser instruidos en sus escritos—, poned atención a lo poco que voy a decir, si me lo consiente quien me manda hablaros» (s. 270: *OcsA* 24, 1983, p. 749). Un maestro al que cumple que escuchen juntos jerarquía y fieles: «Escuche no a mí, sino conmigo; escuchemos juntos; escuchemos juntos como condiscípulos en la única escuela del único maestro, Cristo; su cátedra está en el cielo, precisamente porque antes lo fue su cruz en la tierra. Él nos enseñó el camino de la humildad descendiendo para ascender después, visitando a quienes yacían en el abismo y elevando a quienes querían unirse a Él» (s. 340 A, 4: *OcsA* 26, 1985, p. 27).

mo, *aqua uitae salutaris* que brota del *Christus humilis*, es decir, del Cristo maestro de humildad que vive pobre, sencillo, hecho él mismo humildad a resultas del admirable intercambio (*commercium*) que con la Encarnación se produce.

Es, por tanto, *magna scientia* la humildad: sólo de su mano podrá el hombre conocer qué y quién es, pues sólo con ella podrá ser de la Trinidad adorable, acogerse al divino regazo, ser morada de Dios, tener caridad, gozar, en fin, de la verdad. La grandeza de esta virtud estriba, por lo que a san Agustín concierne, no sólo en su búsqueda y hallazgo, sino además, y puede que sobre todo, en el análisis y forma de tratar del argumento: los textos, uno por uno, constituyen un prodigio de agudeza conceptual y de belleza formal. Tan sugeridora de recursos es la exposición que Agustín diríase que hace pasar por ella, de una u otra forma, los otros temas cristológicos. Uno llega a la conclusión, matices aparte, de que toda la cristología —ahí están los grados de la humildad de Cristo, y no digamos el Himno a Filipenses, etc. se encierra en esta virtud—. Las imágenes, además de literariamente bellas, como del retórico que las maneja, son por doctrina seguras, ricas y muy logradas, propias de un teólogo como el Hiponense, admirable comentarista de san Pablo.

Interpretada en Cristo y a la luz de Cristo como lo determinante del dogma cristiano, la humildad es también concepto determinante para entender la vida misma del más grande Padre y Doctor de la Iglesia: el arte pictórico así lo plasmó siempre y los escritos agustinianos, de modo particular *Tractatus in evangelium Ioannis*, *Enarrationes in Psalmos*, *Sermones*, *De Trinitate libri XV*, las mismas *Confessiones libri XIII*, etc., así lo dejan traslucir.

Humiliter ad humilem uenite apunta, en fin, al manantial de la propia cristología: para adentrarse por la fronda cristológica es preciso acogerse a la escondida senda de la humildad. Dicho reclamo, pues, deja como insinuada la infalible ley del bumerán: que vuelve a la mano del que lo lanzó: para abrazarse a Cristo humilde será indispensable proceder humildemente; para «saborear» la Sabiduría del Logos encarnado y enseñar desde su infalible magisterio, habrá primero que vaciarse adquiriendo la sabiduría de la humildad, o sea el vaciado de la *kénosis*; para reinar con Cristo y subir a las cumbres de su divina majestad (*celsitudinem*), será preciso descender antes por los escalones de su total anonadamiento (*humilitatem*).

A la Humanidad de hoy, ahíta de cosas imposibles, menesterosa de tantas humildes, es necesario recordarle la sublime cristología, ya de Oriente, ya de Occidente, antigua o moderna. La de san Agustín ofrece su atractivo. Con las claves aquí manejadas, diríase que, a los hombres de nuestro tiempo, empeñados en hacerse un sitio junto a Cristo al estilo de los Boanerges, vendrá bien recordarles con el Obispo de Hipona que, para gozar de la radiante luz del Cristo pascual, cumple primero adiestrarse en la disciplina de la piadosa humildad, «saborear» a un Dios hecho carne y muerto en la cruz, beber el cáliz de la humildad y de la pasión (*calicem humilitatis atque passionis*).